

Son pocas las ocasiones que tenemos para intercambiar opiniones, aunque sea unidireccionalmente, como en esta ocasión.

Para paliar algo esa escasez, ya el año pasado, decidimos, en la Junta de la Hermandad Doncel, incluir una intervención como ésta en los actos del Belén Montañero, con el fin de suscitar, si es el caso, motivos de reflexión crítica y debate.

No obstante, y naturalmente, no cabe otro modo de empezar estas palabras como no sea agradeciendo a todos los que, viniendo, contribuís a dar relevancia a este encuentro anual que celebramos desde hace 11 años.

De forma muy especial, gratitud y admiración hacia los que, con vuestro esfuerzo, habéis dado a este encuentro un apropiado sentido ascético al subir a Siete Picos para depositar allí el Misterio de la Navidad.

Y no olvidamos, por supuesto, a los otros héroes de la montaña –de unas cuantas tallas menos– que ahora reponen fuerzas a pocos metros de aquí... y gracias a eso nos eximen, durante unos preciosos minutos de silencio, de los efectos de su exceso de salud.

Hace un año decíamos, aquí mismo, que este tipo de actividades se ajusta bien al primer fin asociativo de la Hermandad Doncel, que es servir de lugar de encuentro, y reencuentro, de todos los que fuimos y de todos los que queremos seguir siendo.

Y esto es fundamental por muchas razones:

- Una de ellas, y muy obvia, porque es una verdadera lástima que aquellos que, en su infancia y su juventud, estuvieron unidos por un vínculo de hermandad tan intenso como era la camaradería de nuestras organizaciones juveniles (donde han nacido amistades tan sólidas), por las circunstancias de la vida hayan dejado de verse tal vez para siempre.

- Cuenta también, y mucho, la convivencia con camaradas de asociaciones y organizaciones afines, que añaden variedad y temperatura a este gran acto de hermandad.
- Y una tercera razón. Y muy importante : Porque **sólo nos tenemos a nosotros** para llevar a cabo la tarea urgente que nos corresponde realizar : la de recuperar el espacio que hemos perdido en la conciencia del pueblo español.

Y el primer paso para ello es crear la masa crítica de la primera semilla. Es decir, nosotros mismos, una vez reunidos y puestos en contacto unos con otros, formando una piña dispuesta a actuar.

El resto del trabajo seguramente irá saliendo después, con más facilidad. Aunque no sin esfuerzo, claro.

Con los lógicos titubeos iniciales, ése era el sentido último que quisimos dar a la creación de la Hermandad Doncel.

Y, por eso, su otra gran finalidad asociativa (lo decíamos también, aquí, hace un año) es contribuir a preservar y, en lo posible extender, las creencias, ideas, actitudes, sentimientos y estéticas que componen la concepción del mundo en que nos educamos y la única concepción del mundo desde la que sabemos y queremos vivir.

Una concepción del mundo que da lugar a un modo de ser, estar y hacer, es decir, un estilo humano. Una antropología específica, si se quiere llamar así.

Estas dos cosas nuestras (concepción del mundo y estilo) son honestísimas, y debemos y tenemos derecho a intentar extenderlas y hacerlas llegar a todos los españoles y a todos nuestros semejantes; rivalizando incluso, sin complejos de inferioridad, en el terreno de las ideas y en el terreno de las realidades, con otras actitudes existenciales (de muy diferente calidad) que discurren en una sociedad desarrollada y compleja –además de desquiciada– como es la España de hoy.

Sin embargo, esa concepción del mundo y ese estilo, como sabéis de sobra, son, en sus claves más profundas, radicalmente distintos del discurso único, conformista, acrítico, políticamente cursi y repelentemente correcto del sistema que configura la atmósfera de nuestra actual organización social: el sistema socialdemócrata.

El sistema socialdemócrata (o “el Sistema” a secas, porque no hay otro) no es sino el particular entramado ideológico, político, cultural, económico, social y moral que, muy principalmente (y, en buena medida, por obra de una izquierda muy astuta), ha caracterizado y modelado a Europa desde la Segunda Guerra Mundial, y a España, especialmente durante los últimos 30 años.

Dicho sistema socialdemócrata se compone de una extraña mezcla de racionalismo decimonónico, progresismo ingenuo y antropológicamente nefasto, freudianos sentimientos de culpabilidad y autodestrucción a escala de civilización, ateísmo agresivo, capitalismo sin uñas visibles y neomarxismo enquistado y latente, nada extinguido, vivo en muchas manifestaciones de esta sociedad burguesa, que ha sido siempre el perfecto “tonto útil” para la izquierda.

Una extraña mezcla, altamente eficaz por lo que se viene viendo, pero también altamente inestable por su propia naturaleza híbrida.

Y todo ello arropado con el pretexto de la democracia, ese conjuro idiomático que todo lo puede y del que pocos tienen realmente una idea de su verdadero y profundo alcance humano, el cual, en todo caso, guarda más relación con el espíritu de la “comunidad de los santos” que con la burda y estéril mala leche de un hemiciclo parlamentario.

El sistema socialdemócrata es un sistema tal vez más hipócrita que cualquier otro, ya que, mientras proclama con grandes gesticulaciones su pluralismo y su tolerancia, no para de **destilar ideología**.

¿Y qué significa eso de hacer ideología? Pues, muy sencillo: imponer a masas crédulas y confiadas la idea de que el Mundo, el

Bien y el Mal son como se les dice que es a través de sus “democráticas” fábricas de opinión, las cuales trabajan sin parar y disciplinadamente a partir de determinadas ideas preconcebidas, o sea, a partir de los mitos y utopías inventados al calor de la soberbia prometeica de sus valedores o bajo la helada desesperación de lo que ellos mismos han llamado “la muerte de Dios”.

Con tales artes, “el Sistema”, ha ido deslizando sobre el tapete de juego, un acervo de creencias y ocurrencias neoilustrado, laicista, postmodernamente débil, individualista, humanitarista aunque bastante inhumano, ante todo muy consesuable (eso que no falte) y, además, muy tranquilizador para que el domesticado rebaño de la ciudadanía pueda seguir viviendo sin angustia moral ni sobresaltos físicos, ingenuamente convencida de que controla su propia existencia, y convencida también de que la suya es la única existencia posible.

Nosotros, que no creemos en la “muerte de Dios”, no podemos ni queremos compartir esos anticuados y obsoletos mitos y utopías del Sistema. Todos nuestros anhelos y creencias están perfectamente recogidos en las Sagradas Escrituras, que son atemporales y por eso no caducan. Y, en ese sentido, gracias a Dios, (nunca mejor dicho), lo tenemos mucho más fácil y claro frente a un sistema que se debate por mantener en pie un tinglado ideológico cada vez más contradictorio e inhumano.

En efecto. En lo espiritual lo tenemos más fácil porque no hemos cometido el error de prescindir de Dios, ni de creer que el egoísmo es el motor perfecto de la sociedad, ni de sentirnos culpables por ser españoles y haber conquistado América después de expulsar a los moros del solar de Occidente.

Pero, a partir de esta media docena de (llamémosle) “convicciones de arranque”, todo lo demás hay que trabajárselo; todo lo demás es preciso pensarlo, construirlo y decirlo a los cuatro vientos.

Lo cierto es que a lo largo de los últimos 30 años, como consecuencia probablemente de nuestras insuficiencias y nuestras circunstancias históricas, no hemos sabido o podido organizar la

reconstrucción y defensa de un pensamiento capaz de hacer frente a las grandes mixtificaciones del Sistema socialdemócrata, ni, por supuesto, crear las estructuras humanas que se pongan a intentarlo.

Y si seguimos así, en algún momento se nos pedirán responsabilidades. José Antonio nos recuerda eso mismo con una bella imagen literaria que escribe en su reproche a Ortega y Gasset:

“El que acierta con la primera nota en la música misteriosa de cada tiempo, ya no puede eximirse de terminar la melodía.”

Dicho todo lo anterior, queda establecido, pues, que tenemos una concepción de la vida diferente de la del Sistema y que éste nos mantiene fuera de campo porque nos hemos dejado expulsar, o simplemente porque nos hemos autoexpulsado por, digamos, “deslizamiento inerte”... a lo que se une algún victimismo también, ciertamente indecoroso.

Pues bien, el primer paso para remontar esa situación es querer ser la masa crítica de la semilla a la que antes me refería.

Una vez decidido eso, es preciso colarse en el campo de juego del Sistema con objetivos coherentes, modestos y hacederos, para los primeros tiempos. Para meter cabeza. Después ya se verá.

Y la forma de hacerlo es aprovechando las necesidades del Sistema en el plano cultural. Y contar con un poco de dinero, claro.

Y, por supuesto, abandonando toda seña exterior de identidad.

Existen dos vías de acción a considerar: la política y la cultural. Entiéndase por cultura, no el montar exposiciones de pintura u organizar veladas poéticas en el Círculo de Bellas Artes o el Ateneo, sino toda la vitalidad espiritual y la expresión de una sociedad, de un pueblo: desde sus instituciones, costumbres y creencias a la religión, al pensamiento o al arte, pasando por algo decisivo como es la educación y la formación, el sindicalismo, el ocio o la acción ciudadana, por poner algunos ejemplos.

En cuanto a la política, creo que hoy no es la política el factor de decisión. Lo político ha sido sustituido por “lo gerencial”. El político es ya sólo un gestor obediente a los impulsos que detecta en las expresiones de la sociedad.

Por lo tanto a donde tenemos que dirigir también nosotros la atención es a esos impulsos : a las necesidades y carencias que el propio Sistema genera con sus torpezas en su propia sociedad. Ahí hay vacíos que podemos aprovechar para empezar a hacer fructificar la famosa semilla.

En la Hermandad Doncel venimos considerando la idea de lanzarnos al **mundo de la Educación y la Formación**, sector estratégico, que además de ser manipulado por los fantasmones del Sistema, es un sector hacia el que, además, tendríamos una disposición y afinidad bien fundadas y antiguas, y en el que no me cabe duda de que tendríamos capacidad para llegar y para comunicar.

Es una idea que aún deberá madurar mucho. Y para el que nos gustaría que se generase el suficiente clima de interés y debate.

Y, finalmente, antes de desearos un feliz Navidad, no quiero esta vez terminar sin un recuerdo hacia alguien que nos ha dejado este año.

Alguien que, aunque muchos no le conocieseis, es el responsable remoto de que hoy mismo estemos aquí todos nosotros y por el motivo que lo hacemos.

Me estoy refiriendo a **Jesús López Cancio**, el Delegado Nacional de Juventudes que en 1960 preparó y realizó el cambio de las Falanges Juveniles a la OJE.

Jesús López Cancio fue un caballero de la Política, un hombre leal a sus ideas y, de alguna forma, un adelantado de la Hermandad

Doncel. Merece, sin duda, estar permanentemente PRESENTE en nuestro recuerdo. Descanse en paz.

Y ahora sí. Sólo me queda desearos a todos que os toque la lotería (en especial a los que habéis jugado lotería de Doncel, claro) y una feliz y serena Navidad.

En cuanto a 2009: Dios aprieta pero no ahoga. Así que poco pánico.

¡Que le den morcila a la crisis y que salga el sol por Antequera!

Gracias a todos.

Vale quien sirve.
Arriba España.